

BERALDO.  
 Belisa, puesto ante tu gran belleza  
 El cielo arrebolado,  
 El alba, la mañana y su frescura,  
 Las galas, la riqueza,  
 El primor mas cendrado  
 Que hay en los cofres de la hermosura,  
 Es comparar el sol con una estrella,  
 O con la noche oscura el alba bella.

ROSANIO.  
 No mas, pastor, no mas, que se han pasado  
 Las horas y el frescor de la mañana,  
 Y el tiempo y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.  
 Comenzamos labor muy soberana,  
 Y trasladó el pincel que era del suelo  
 De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.  
 Ya en lo mas alto del dorado cielo  
 La carroza del sol, fuente del dia,  
 Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.  
 Nuestro ganado busca el agua fria,  
 Y el pasto fresco, en que pasar la siesta,  
 Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.  
 Ya el mio va subiendo por la cuesta;  
 Corre, pastor, recoge tu manada,  
 Y allá te aguardo al val de la floresta,  
 Cabe el pino, al bajar de la cañada.

EGLOGA SEGUNDA.

Luego que los pastores con el dichoso fin de sus cantares dejaron envidiosas las selvas, á cada uno pareció hora de bajar á la ribera. Y siguiendo todos este parecer, porque nuestros ganados confusamente se repastaban por aquellos ejidos, casi los mas nos fuimos juntos, quien á buscar las vacas, quien á llevar al agua sus ovejas; unos á sacar de entre las espesas matas las golosas cabrillas, y otros finalmente á requerir las pesadas yuntas de bueyes que á soldada de caudalosos labradores guardaban, sino fue el vaquero Graciolo, que en busca de una blanca becerra se entró por el bosque. Todos con placenteras burlas, dejando sola la amada Erifile, nos íbamos acercando á la ribera; y apenas del primer lugar nos apartamos lo que el ladrar de un perro se puede oír, quando á un lado del bosque de improviso sonó una zampoña que á todos puso deseos de saber cuya era; y como los mas señalados de la ribera aquella mañana se habian hallado en la fuente, ninguno podía pensar quien oyendo nuestra conversacion en aquellas soledades estaba emboscado; y unos señalando uno, y otros otro, con el menor

ruido que pudimos descubrimos por entre unas matas al enamorado Leucipo, que junto á una pequeña fuente con la música ordinaria, manjar de pastores, se entretenia. Detuvimos un rato escuchándole, porque el tiempo no nos apretaba mucho; y él, despues de haber tocado su mal ataviada zampona, con estos versos la acompañó:

LEUCIPO.

¿Quién pudiera poner en la memoria,  
 Hecha de aquel cristal que son los ojos,  
 Solo un cuidado y una sola historia?  
 Y sin mirar las cosas por antojos,  
 Ni de la paz cogiéramos la guerra,  
 Ni entre rosas nacieran los abrojos.  
 Yo sé cuando los pinos desta tierra  
 Con delgadas palabras repetian  
 Mis cantares, al tono de la sierra;  
 Y á las veces tambien me respondian,  
 Que pudiera decir de sus canciones  
 Que con las de mi labio competian.  
 Trocadas siento ya las condiciones,  
 Ya ni responden, ni escucharme quieren,  
 Que á todos gustos cansan mis razones.  
 Los que enfadados de vivir vivieren,  
 Lleguen á mi dolor, y allí atajados  
 En ver otro mayor no desesperen.  
 Ninfas, que entre las flores destos prados  
 Vivis en tiernas plantas convertidas,  
 Sin apartar de allí vuestros cuidados;

O ya en las claras aguas escondidas  
 Guardéis por dicha aquesta dulce fuente,  
 Guardad tambien mis lágrimas perdidas.  
 Cuando yo en medio de la siesta ardiente  
 Te busco, Filis, Filis deseada,  
 Y mi voz sola la cigarra siente,  
 Entro en el monte, dejo la cañada,  
 Subo al pinar, y salgo por la sierra,  
 Y allí te llamo con la voz cansada.  
 Quémame el sol, abrásame la tierra;  
 Tú, mas sorda que el mar á mis razones,  
 Mas cruel haces con callar mi guerra.  
 No me bastó sufrir las sin razones,  
 Los altivos desdenes de Tirrena;  
 Iguales sois las dos en condiciones.  
 Aunque mas blanca tú, que ella morena,  
 Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,  
 La una sea amapola, otra azucena,  
 No fies en beldad, Filis hermosa,  
 El lirio vive, el azucena muere,  
 Y todo pasa con la edad forzosa.  
 Si por ventura alguno te dijere  
 Que en sus huertos las rosas siempre viven,  
 Dile tú, Filis, que engañarte quiere.  
 Ya sé que mis cuidados se reciben  
 En gusto entretenido y ocupado,  
 Y en el agua tus dedos los escriben.  
 Despreciaste de mí, luego te enfado;  
 Pues aunque no merezca ser querido,  
 No soy digno de ser tan despreciado.  
 Bien sabes que revuelvo en el ejido

Mil ovejas mas blancas que la nieve,  
 Siempre de leche y queso abastecido.  
 Ni cuando abrasa el sol, ni cuando llueve,  
 Pasto verde le falta á mi rebaño,  
 Ora se seque el campo ó se renueve.  
 Leche fresca me sobra todo el año,  
 Ni á mí el verano me acrecienta el queso,  
 Ni me hace el invierno ningun daño.  
 Pues en saber cantares yo confieso  
 Que si Titiro ahora me escuchara,  
 Que no perdiera mi opinion por eso;  
 Y en hacer una hortera, una cuchara,  
 Labrar un caramillo y un cayado  
 Si yo quisiera nadie me igualara.  
 Ni soy de gesto yo tan mal formado,  
 Si por dicha mi imágen no me miente,  
 Que venga á ser por feo desamado.  
 Ya yo me ví del Tajo en la corriente,  
 Que como á tí de espejo me servia,  
 Y aun ahora me veo en esta fuente.  
 Y si acaso la imágen, por ser mia,  
 No me engaña, por esa de tu Alfeo  
 La ventura, y no el rostro, trocaria.  
 Sé tú juez, que no por eso creo  
 Que si alzases los ojos á mirarme,  
 No pareciese tu Narciso feo.  
 El cielo entre estos bienes quiera darme  
 Gozar estos cortijos mal labrados,  
 Mil siglos de oro sin de tí apartarme;  
 Y juntos por la sierra ambos ganados  
 Competir con los Faunos en canciones,

Y componer guirnaldas por los prados.  
 ¡Mas ay, que Pan no escucha mis razones,  
 Febo en oír mi canto de corrido  
 Enjuga en mi zampona ya los sones!  
 Su voz y mis cantares se han perdido,  
 La cera derretida se ha deshecho,  
 Y tres cañas de siete se han caido.  
 ¿Por ventura mejor no hubiera hecho  
 De verdes mimbres una blanca cesta,  
 Que no gastar el tiempo sin provecho?  
 Ya en la ribera entrando va la siesta,  
 Quiero llevar al agua mi ganado,  
 Y otra Filis habrá quizas sin esta,  
 Que aquesta sin razon me ha desechado.

Fue para todos el canto del encubierto  
 pastor de no pequeño entretenimiento; y en  
 tener lástima de sus cosas generalmente le pa-  
 gamos el regalo de oírle, que lo uno fue de  
 gusto, y lo otro digno de compasion; porque  
 mientras él en su cantar se detenía, querien-  
 do quizá mostrar á los vecinos árboles que  
 otro fuego mayor ardía en sus entrañas, sin  
 esquivarse de la rigurosa vista del sol, que ya  
 á toda fuerza tenia la mitad del cielo, sentado  
 en la abrasada arena estuvo, y así la cera de  
 su rústica zampona, como él en su cantar de-  
 cía, poco á poco se fue derritiendo, hasta que  
 de sí mismo enfadado, arrojando lo que della  
 le quedaba, los que presentes nos hallámos  
 vimos ir por el aire los deshechos canutos, re-

pitiendo en vano el amado nombre de Filis. Todos con piadosas lágrimas le ayudamos rogando al cielo por su victoria, cosa que ya muchas veces á otras arrogancias mayores hizo ablandar los endurecidos ánimos. Mas esta pastora de Leucipo, si yo bien estoy en el caso, siempre tan altiva y arrogante ha sido, como novilla no domada, que exenta y libre por los campos á solo su antojo tiene por ley. Habiendo pues el pastor concluido su canto y no los pensamientos, volviendo al zurrón el pan, la manteca y queso y algunas nueces y castañas que para comer habia sacado, harito de los manjares de su memoria, y perdido con su acedía el gusto á los presentes, como si la causa de su pena allí lo estuviera, así comenzó á decir: ¡O Filis mía, aunque rigurosa y dura, de mí sin comparacion mas amada que la vida, mas dulce que la ganancia, mas alegre que las nuevas flores de abril, y á mis ojos mas deleitosa que los lascivos y tiernos cabritillos que entre ellas andan retozando; y sobre todo, si á tanto dolor es lícito, á mí mas provechosa que á los sembrados en leche las fértiles aguas de mayo! ¿Por que, Filis mía, así aborrecido me tienes, como si tú nacida de los montes, ó yo de los ganaderos fuera el mas desechado? Bellísima pastora mía, sea yo á tu gusto mas amargo que la retama, mas que el lentisco acedo, y no menos que el enroscado dragon aborrecible, si desde tu pri-

mera vista cosa en mi opinion ha llegado que á la sombra de tu valor parezca; ni cuando los disantos suelo vender en la ciudad mis cabritillos, igual beldad á la tuya he descubierto, ahora sea de las que el cuidado hace extremadas, ó las que el descuido tienen por artífice de su donaire; que contigo nada se iguala, y en mi opinion vales mucho, y lo que sin encarecimiento digo, ni en las eras del limpio trigo los rojos montones como granos de oro resplandecientes, ni en el campo los manzanos, que al suelo su madura fruta derriva, ni mis labradas viñas, ni mis fértiles y cultivados huertos igual deleite que tu vista ponen. Pues si descuidado vivo de adorarte, si en reconcerte por mi diosa soy perezoso, mira, pastora, lo que en servicio tuyo hago. No muy léjos de nuestra cristalina Erifile entre floridos árboles, que con mis versos estan cantando tus loores, de verde yedra y florido acanto, del modo que á mi pobreza conviene, un pequeño altar tengo hecho, donde los mas dias en contemplacion tuya suelo componer un retrato tan adornado de rosas y claveles, que si su hermosura descubre gran magestad, la curiosidad le da mas gala; y te certifico, mi pastora, que de tal manera á mi parecer con su presencia queda todo hecho un cielo, como si alguna oculta deidad de los vecinos bosques allí á presidir bajase, donde, conforme á mi rústico talento, suelo decir mil cantares lícitos

á mi amor y á sola tu beldad debidos. Y aunque por el inviolable temor de los vengativos dioses me falten otras mayores ofrendas, de que yo te juzgo digna, no por eso dejo de ofrecerte cada hora mi pensamiento y la intencion que es quien da virtud al sacrificio. Y si por dicha es verdad, como yo sin duda creo, que por oculta fuerza que á tí me inclina todas mis cosas te son manifiestas, oye ahora los dones que en tu altar pienso ofrecer. Cuanto á lo primero dos blancos canastillos labrados de mi mano, y en ellos tu nombre escrito, muchos dias ha que entre flores tengo guardados, los cuales llenos de rosas y azucenas, despues de haberlos derramado sobre tu retrato, en ellos cogeré de mi mano aplicadas á solo tu gusto las mas olorosas manzanas de tierno vello vestidas que en mis huertos hallare, poniendo encima por su cuenta blandas castañas y nueces, fruta á que mas Galatea se inclinaba; y si tiempo fuere dello, añadiré por colmo á mis cestillas, amarillas ciruelas, como el ambar claro, y entretejiendo al precioso azahar rojos claveles y amapolás, á tí tambien, laurel, pienso cogerte, y á tí fresco arrayan, que ahora callando me oyes, cuyos suaves olores harán mas agradable mi presente. Y así tú con la misma fiesta y dignidad que por los campos la alegre Flora se recibe, de mí serás cantada por los montes; pues tú sola coronada de inmortales rosas abres en mi co-

razon el mas verdadero abril, y el verano y primavera mas deleitosa. Mas todo ¡ay de mí! en ser de mi mano te ofende: las fieras osas te engendraron; nacida eres de los duros robles; rústico es Leucipo, Filis de sus dones no se cura, groseros son como él, invidie el mundo su pena; llorad pinos su ventura. ¿Que busco contigo ingrata? Las flores siembro al aire, que en compañía de mis palabras se las lleva. A Dios, árboles sombríos, que mientras mas vuestra compañía trato menos remediais mis fatigas. Dijo; y echando el zurrón al hombro se puso en pie y á carear su ganado, hasta que llegando á un alto y copado aliso, por cuyo tronco una fresca yedra se entreteja y marañaba, haciendo de las hojas y las ramas una cueva en tal disposicion y sitio, que cubierto el suelo todo de las verdes alfombras de abril, labradas de primavera, y por la bóveda embestida de unas menudas centellas y tembladores rayos de luz, que entrando como menudos relámpagos por los descuidos de las inquietas hojas, no otra cosa parecian que unos ricos y artificiosos artesones hechos de lazos de oro y esmeraldas. Viendo pues el pastor tan gran frescura, no pudo ser su pena tal que el sitio no la venciese con gana de pasar en él la siesta, que al fin no hay corazon tan triste que no procure algun descanso, ni mal tan envejecido y rebelde á quien una nueva ocasion, ya que del todo no le sane, á lo menos

le divierta, como esta cueva hizo á Leucipo, que amparándose en ella de la siesta que iba entrando, así tendido sobre la yerba en tono bajo habló á sus males:

## LEUCIPO.

Déjame aquí dormir, desconfianza,  
 Que cuanto me está mal todo lo creo;  
 Que me engañan los ojos ya lo veo,  
 Y que es sin fundamento mi esperanza:  
 Si con el tiempo al fin todo se alcanza,  
 También yo alcanzaré lo que deseo,  
 Que no ha de hacer mi mal tan gran rodeo,  
 Que en sí, en mí, ó en él no haga mudanza.  
 Si la que es mármol y parece cera,  
 Por no templar sus leyes rigurosas  
 A mi esperanza destemplare en ellas,  
 No me podrá estorbar, por mas que quiera,  
 Que al fin, ya que no acabe grandes cosas,  
 No muera por la fe de acometellas.

Con estas palabras en la boca, y el sueño al parecer en los ojos, dejámos nuestro pastor, acudiendo cada uno á su menester, con que por entonces la agradable junta se deshizo; y otro dia siguiente, que casi todo él sin cesar habia llovido á vueltas de un frio cierzó que los pinos con increíble furia derribaba, no muy desviado del rio, á la parte de la sierra, encontré al vaquero Ursanio, tan mojado y lleno de lodo, que si yo enjuto y bien comi-

do me hallara, de buena gana riera su donoso talle y vista; y mas cuando con mil placeres, como si un gran suceso fuera, me llegó á contar de la manera que al pasar unos atolladeros que junto al vado se hacen, así á un tiempo se le fueron ambos pies, que cuando sobre sí volvió se halló tendido en el lodo, donde largo rato por no sacar las manos del seno no se pudo desmarañar de su capote; y lo que sobre todo á mí mayor gana de reir me daba, era ver que en su cuerpo no trajese cosa enjuta sino las manos, y estas hasta entonces no las habia sacado del seno, temeroso que el frio no se las arrebatare. Y preguntándole yo porqué en tal menester de su cayado no se valia, así con una nueva alegría me respondió: por cierto, valeroso pastor, yo un cayado tengo de los mejores y mas galanos de la sierra, no de otra cosa que de oloroso enebro, y tan artificiosamente labrado, que entre sus curiosos entalles, si ahora aquí le tuviera, pudieras con particular gusto ver al famoso Argos, pastor rico de cien ojos, á quien Juno solo como habrás oido osó fiar su vaquilla; y no muy apartado de una fuente, á cuyo margen en aquel punto se habia sentado, estaba el mañoso Mercurio convidándole al peligroso sueño con la dulce armonía de su canto, y lo que á no poca lástima te moverá, si atento te pones á mirarlo, es el ya degollado pastor, puestas en eterna noche aquellas vivas lumbres, que co-

mo en el cielo las estrellas, así por su cuerpo estaban derramadas, donde siempre que con la imaginacion llego, verdaderamente juzgo la humana suerte por miserable; pues cien ojos sola una muerte los ocupa, con otras algunas curiosidades que para contarlas despacio es poco el tiempo, y mucho el frio que hace. Y aunque á veces suelo traerle conmigo, si ahora así me sucediera, y como yo se hubiera enlodado, no sé como tal desgracia cupiera en mi sufrimiento. ¿Mas que dirás á esto, pastor, que ya otra vez semejante cosa me avino con mi cayado, casi en ese mismo lugar en que ahora tienes los pies, que por alcanzar un cabrito de mi Tirrena, vine á dar con él sobre esas piedras, que no mucho estuvo de hacerse pedazos? Mas mi ventura entonces fue tal, que sola una guarnicion de estaño que en el remate tenia se le cayó, dejado aparte que al pastor Argos se le quebró de la mano la delicada cuerda con que á un árbol tenia atada su vaquilla; y esto porque ya á mi parecer Mercurio se ensayaba á cortarla, no se echa tanto de ver, como quebrársele al mismo dios un pedazo del caducéo, con que sembrando estaba sueño sobre los cien cuidadosos ojos del pastor; mas ¡ó hazaña maravillosa de nuestro serrano Cristalio, ingenioso sobre todos los de estas riberas! que tan diestramente se amañó á pegar lo quebrado con la dorada goma, no sé si de ciruelo, si de manzano fuese, que muy

aguda será la vista que la sutil soldadura descubra, por cuyo beneficio le prometí una grande horterera de cuajada, y bien que hasta ahora no se la he dado, siempre que me la pida confesaré debérsela. Pues ahora, mi curioso cayado, no poco huelgo de no haberos traído como otras veces en mi compañía, porque yo mas para el regalo de los ojos que sustento de mi cuerpo os guardo. Así Ursanio me dijo, y yo despues de preguntarle por un manchado cabritillo que de las ubres de su madre faltaba, triste por no hallar rastro dél, subia el collado de la sierra, cuando al abrigo de unas encinas descubrí al pastor Florenio, que en aquella sazón tocando un curioso rabel de pino comenzaba á cantar estos versos:

## FLORENIO.

Ninfas, si oir quereis un triste llanto;  
 Faunos, si amor á compasion os mueve;  
 Y tú, dios Pan, que estás tras desa rama,  
 Escuchad todos con placer mi canto,  
 Mientras del cielo la liviana nieve  
 Al sol le templá su encendida llama:  
 Yo canto la partida de una dama,  
 Y el nuevo sentimiento  
 De un antiguo tormento,  
 Que ausencia comunmente el vulgo llama.  
 Mas quien la siente no la llama ausencia,  
 Sino insufrible calma  
 Que anega el alma, acaba la paciencia.